La función del cuentista

El Bajo, madrugada. En el Bar Verde me encuentro con Tusitala, moreno tamborilero que hace años supo ser cocinero jefe de una tribu de antropófagos reflexivos, en África.

- Tengo una historia para usted - me dice Tusitala-. Me la relató un misionero que capturamos en la selva, un tal Spencer Holst, tipo curioso que había aprendido el idioma de los gatos y que hablaba con ellos como si fueran personas. La cuestión es que ya estaba por tirarlo a la olla (pensaba prepararlo a la cazadora con papas) cuando dijo que quería contarnos una historia. A la gente de aquella tribu le enloquecían los cuentos. Así que suspendimos todo y lo rodeamos para escucharlo.

- Usted tiene la virtud de despertar inmediatamente mi interés, Tusitala - le digo.

- Resulta que en un tiempo el misionero había andado por Bali. Usted sabe que Bali es un lugar maravilloso, siempre es primavera, todo es verde esmeralda, las mujeres son hermosas y andan con los pechos desnudos, y adornadas con colgantes de oro, jade y laca púrpura y se la pasan bailando al compás del *gamelán*.

- Siempre logra asombrarme con sus conocimientos, Tusitala.

- Me limito a repetir lo narrado por el misionero. El Radja de Klunckung, príncipe y señor del lugar, había sufrido terribles heridas en la cara, hacía muchos años, a raíz de un incendio en el *puri*, o sea, el palacio. Sus cicatrices fueron cubiertas con maquillajes y pinturas indelebles. Con el tiempo ya nadie se acordaba cuál era su verdadero rostro. Rodaban al príncipe siete ayudantes cuyas funciones eran administrar, dirigir y alabar.

- ¿Alabar a quién?

- Cada día de la semana, por turnos, uno de ellos se quedaba junto al príncipe y se dedicaba a halagarle la vanidad. A esta tarea se la llamaba *kupiunga*, ceremonia de la alabanza. Los consejeros también se encargaban de organizarle diversiones, proveerles los manjares más exquisitos, las mejores bebidas y las mujeres más hermosas.

- ¿Mujeres jóvenes?

- Sin duda. Los agasajos mayores los recibía el Radja durante la Galunga, fiesta que comenzaba al sonar del kulkul, duraba quince días y en la cual participaban todos los súbditos. Imagínese que cada ofrenda medía dos metros de altura y se necesitaban tres hombres para levantarla y colocarla sobre las cabezas de las mujeres, que eran las encargadas de transportarla.

- ¿En qué consistían las ofrendas?

- Todo lo que usted se pueda imaginar.

- Piedras preciosas, telas, artesanías, pájaros embalsamados, trofeos, dinero.

- Dinero, no. Porque las *kopong*, antiguas monedas con su característico agujero cuadrado en el centro, prácticamente habían desaparecido de circulación. Se decía que, en realidad, todas habían ido a parar al bolsillo de los siete consejeros. Una de sus tareas era analizar las ofrendas y parece que acostumbraban ir quedándose con lo más sustancioso para certificar la calidad. Les correspondía a ellos comprobar si las niñas destinadas al Radja eran vírgenes.

- No eran tontos esos tipos.

- Resulta que andaba por ahí un actor de mala muerte, que comía salteado y un día decidió sustituir al Radja. Durante la Galunga, aprovechando que la guardia se había emborrachado por exceso de *tuak*, que es un vino de palma, se introdujo en el puri, clavó un *kris* en el corazón del Radja, lo arrojó a un pozo profundo, después se maquilló adecuadamente y lo reemplazó. Y así comenzó a gozar de la buena vida: bellas mujeres, comidas de primera, regalos y honores.

- ¿Nadie lo descubrió?

- Imposible, por lo de la cara deforme.

- ¿Y cuando hablaba?

- El Radja siempre había dicho sólo tonterías, así que el actor sólo se dedicó a imitarlo. Aunque en realidad este asunto del reemplazo venía sucediendo con bastante frecuencia. Dos por tres, surgía algún ambicioso con ingenio que mataba al falso príncipe de turno. Porque el verdadero había sido asesinado y sustituido hacía muchísimo tiempo, después del accidente del fuego. Así que los que le venían sucediendo eran todos impostores.

- ¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta?

- Bueno, los siete consejeros sí estaban enterados. Sabían de las sustituciones desde el principio.

- ¿Y por qué no desenmascaraban a los usurpadores?

- ¿Para qué? Ellos, los consejeros, no cambiaban, eran siempre los mismos. La pasaban bárbaro estando donde estaban, digitaban todo y hacían muy buenos negocios. Por lo tanto, como les daba lo mismo quién estuviese en el trono, la cosa siguió así para siempre.

- Lo invito una copa, Tusitala; se la ganó, su relato acaba de iluminarme como una revelación.

- Esa es la función del cuentista, mi amigo.

- Una pregunta: ¿se lo comieron nomás a la cazadora con papas?

- No. Por decisión unánime de la tribu lo dejamos partir y lo despedimos con ovaciones. Ya le dije que a los antropófagos reflexivos les gustaban las buenas historias.